



50X1



**POR
ANA BAUER TORRANO.**

YO FUI ESCLAVA DEL SOVIET

Yo Fui Esclava del Soviet

**VICISITUDES DE UNA CIUDADANA
MEXICANA EN LOS CAMPOS DE SIBERIA**

MEXICO, D. F.

1 9 5 3

PALABRAS PRELIMINARES

La señora Ana Bauer Torrano, socia de la Liga Femenina Mexicana, ha escrito esta emocionante narración de lo que ella llama con todo acierto "mi vida de esclava". Estuvo cautiva, en efecto, en un campo de trabajos forzados de los muchos que hay en Rusia y en los cuales justos y pecadores purgan penas por faltas que no han cometido y padecen torturas sumamente crueles que les infligen despiadados verdugos.

La señora Torrano es una dama que ostenta ahora con orgullo la ciudadanía mexicana. Proclama que al establecerse en México encontró una verdadera patria, digna de substituir a la que perdió en Europa cuando la Rusia soviética se apoderó de Checoeslovaquia, su país nativo, y de Polonia, donde tenía establecido su hogar, acompañada de su esposo, en 1939.

¿Qué significa el Gobierno de los soviéticos para la población civil de los países sojuzgados?

El relato veraz y candoroso de la señora Ana Bauer Torrano lo define con toda exactitud. El suyo es sólo uno entre miles o millones de casos idénticos. La autora de este relato hubo de resistir las afrentas de los déspotas rojos. Fue condenada sin motivo al cautiverio y al hambre y a presenciar el martirio de varios hombres, entre los cuales acaso figuraba su propio esposo, cuya

lenta agonía pudo ella misma ver después, a distancia, en los campos de esclavitud de la Siberia septentrional.

Irrita y pasma la lectura de relatos como el que contiene este folleto, pero la señora Torrano no podía eludir su deber imperioso de escribirlo. Por gratitud honda y sincera para México que le dio su nueva y definitiva libertad, le pareció obligatorio relatar sus experiencias en la URSS, país en el que se han eclipsado todos los derechos de la especie humana.

Este patético relato fue escrito originalmente por su autora basándose en apuntes hechos en el curso del tiempo, y se le tradujo al castellano con la bondadosa ayuda de la señorita Guadalupe Vértiz, a quien agradecemos profundamente su valiosa colaboración.

Yo Fui Esclava del Soviet

VICISITUDES DE UNA CIUDADANA MEXICANA EN LOS CAMPOS DE SIBERIA

Relato de Ana Bauer Torrano,
socia de la Liga Femenina Mexicana.

CAPITULO PRIMERO

EN el verano de 1939 vivía yo feliz y dichosa con mi esposo Carlos en una ciudad de la Polonia oriental. Eramos él y yo checoslovacos pero llegamos a Polonia unos cuantos años antes, pues obtuvo mi marido el empleo de gerente de una refinería de petróleo, que era la industria principal en el lugar donde nos establecimos.

Fue en 1939, como lo recordará el lector, cuando Stalin y Hitler se dividieron entre ellos a la libre nación polaca, y con ese motivo tuve la penosa experiencia de ser condenada a pasar cinco años de esclavitud en los campos de Siberia.

Pero en el año 1939 no abrigaba la menor sospecha de lo que el destino me deparaba. Eramos mi esposo y yo una pareja sana y contenta en la edad que teníamos, apenas pasados los cuarenta, y nuestra vida común era sencilla pero a la vez infinitamente placentera.

Carlos vivía entregado a sus tareas, no sólo como gerente sino también como director técnico de la refinería, y dedicaba buena parte de su tiempo a la experimentación científica propia de su empleo. Por mi parte los ratos que no tenía que dedicar a mis labores domésticas, los pasaba en actividades de servicio social en favor de la pequeña comunidad en que vivíamos.

Exactamente lo mismo que millones y millones de personas en todo el mundo, observábamos nosotros la rápida y desconcertante sucesión de acontecimientos que iban conduciendo a Europa hacia la Guerra Mundial número dos. Primero cayó Austria en poder de los nazis. Luego nuestro propio país, Checoslovaquia, corrió igual suerte. Por fin un día llegaron noticias de que se había concertado un arreglo entre la Rusia Soviética y la Alemania nazi para repartirse entre ellas el territorio de Polonia, y pronto supimos que la Polonia oriental, donde habíamos establecido nuestro hogar, quedaría dentro de la zona adjudicada a Rusia.

Muchas veces en el curso de los años que han pasado desde entonces han vuelto a mi memoria las conversaciones que sosteníamos en nuestro hogar en aquellas tibias noches de verano. Llegaban a casa amigos y personas vecinas, y tomando el té hablábamos hasta muy tarde por la noche especulando sobre lo que pudiera ser nuestra vida gobernados por los rusos. Mi esposo figuraba entre quienes pensaban que no teníamos nada que temer y que la vida seguiría adelante como siempre.

—¿Por qué temer?— argüía Carlos.—Nuestras relaciones con los trabajadores de la refinería no podrían ser más amistosas. Nuestros tratos con ellos se han basado siempre en la justicia y la igualdad. No podrá acusárenos de explotar al obrero, y esto deberá influir en favor nuestro cuando los rusos vengan a gobernarnos.

Era yo, en cambio, de las muy contadas personas en

aquellas tertulias que no compartían el optimismo y la actitud confiada de mi marido: pero en realidad no tenía yo argumentos en que basar mis aprensiones. Ninguno de nosotros había tenido jamás contacto efectivo con la Rusia soviética, si bien muchos de los presentes habíamos leído su propanganda en favor de los trabajadores. Algunos de nuestros amigos la tomaban en serio y procuraron inducirme a desecher mis temores. ¡Qué increíblemente torpes éramos todos en aquellos días y cuán pronto hubimos de aprender por amarga experiencia lo que significa la vida bajo la ocupación rusa!

No olvidaré jamás el día en que el ejército soviético llegó a ocupar nuestra población. Estaba yo trabajando en el jardín cuando escuché un ruido distante y confuso de tropa que marchaba y al momento me supuse que era el ejército ruso que se acercaba. Corrí hacia la puerta para verlo pasar. Tenía curiosidad de ver a esos soldados que se decía eran bravos y aguerridos, y además me pareció conveniente demostrarles que no teníamos sentimientos hostiles para ellos en lo absoluto.

Pronto la columna apareció calle arriba; un escuadrón de vigorosos soldados eslavos, a cuyo frente iba un hombre a caballo. Tan pronto como este oficial me vio, dio una voz de mando y la columna se detuvo frente a mi puerta. Había yo estado sonriendo, pero se me congeló la sonrisa en la cara cuando vi que el oficial se apeaba de su cabalgadura, empuñaba el revólver y, apuntándomelo al pecho, se dirigió con pasos graves y firmes hacia mí.

—Déme su reloj— ordenó el oficial.

Sin decir nada me quité el reloj pulsera y se lo di. Lo miró y después se lo calzó en la muñeca como si fuera suyo; montó de nuevo su caballo y se alejó. Miraba y volvía a mirar de cuando en cuando su nuevo reloj, en tanto que yo per-

manecía perpleja en la puerta de casa observando cómo daba otra voz de mando y la columna proseguía su marcha.

Todo ese día pasaron por nuestra casa batallones y batallones del ejército rojo, y por la noche la población hervía de soldados y estaba completamente asegurada en el sentido militar de esta palabra. Ya entrada la noche comenzó el saqueo. Del más alto oficial al último soldado, todos aquellos hombres de armas se dedicaron a emborracharse, a ultrajar a las mujeres de la población y a despojar a todos los habitantes de lo suyo, llevándose cuanto pudieron robar a punta de pistola.

Siguiendo los pasos del Ejército Rojo llegó la policía secreta, que en aquellos días se llamaba NKVD, e inmediatamente después entraron en el pueblo los comisarios para hacerse cargo de los negocios y las industrias de la ciudad. Lo primero que les interesó, como era natural, fue la refinería del petróleo, y en las oficinas de la empresa establecieron su cuartel general. En cosa de unas cuantas horas, tuvieron que comparecer ante esos funcionarios todos los habitantes del lugar, para ser interrogados por la policía secreta. Los interrogatorios eran minuciosísimos y muy dilatados, pero las preguntas que hacían eran ilógicas y ridículas. En una de las primeras diligencias de Carlos mi esposo con la NKVD, los policías iniciaron una serie de interrogatorios que durarían meses y meses.

Si mi marido era checo —querían saber esos hombres— ¿por qué tenía nombre alemán? Al parecer desconocían el hecho de que en muchos países europeos hay personas cuyos nombres son de origen alemán, pero que viven en lugares donde se hablan diferentes idiomas.

Además —interrogaron los policías—, si mi esposo era checo, ¿qué estaba haciendo en Polonia? De seguro esos funcionarios menores ignoraban la historia y no sabían que durante cientos o quizás miles de años la gente había cru-

zado libremente las fronteras de todos los países de Europa. Para esos polizontes, los alemanes sólo habían de vivir en Alemania, los polacos en Polonia, los checos en Checoslovaquia, y ninguna otra situación era admisible.

Tenía mi esposo por naturaleza inclinación a ver siempre el lado agradable de las cosas, con sano optimismo, y aunque yo empecé a sentirme intranquila cuando noté que ordenaban repetidamente que se presentase para interrogarlo, él por su parte se empeñaba en conservar su serenidad. No veía ninguna amenaza en las persistentes diligencias inquisitoriales a que lo sometían, y me aseguró que sólo se trataba de una pequeña molestia resultante de procedimientos oficiales torpes. Estaba seguro de que aquellos hombres ignorantes no serían los que tuvieran a su cargo los asuntos públicos cuando todo se fuera organizando mejor y se establecieran sistemas normales.

Además, Carlos conservaba su puesto de director técnico y gerente de la refinería, si bien poco después de la llegada de los rusos un oficial soviético le advirtió que pronto sería enviado a la fábrica un nuevo director general. Por fin una noche, no mucho tiempo después, llegó el hombre anunciado.

Un automóvil oficial de la NKVD se detuvo ante nuestra casa, donde Carlos y yo, con algunos de los jefes de la fábrica, aguardábamos al nuevo director para darle la bienvenida. El chofer bajó apresuradamente del automóvil y abrió la portezuela, por la cual asomó la figura de un hombre envuelto en largo gabán gris. El individuo permaneció en su asiento sin moverse, como si estuviese observándonos, mientras Carlos y sus acompañantes lo saludaban uno tras otro y le daban la bienvenida.

Cuando terminaron los saludos, sobrevino un largo silencio. El nuevo director general permanecía sentado en el

automóvil, mirándonos con mirada vigilante, en tanto que el chofer seguía de pie, muy erguido, en espera de órdenes.

Finalmente, junté dentro de mí todo el valor posible y me adelanté hacia el automóvil para invitar a nuestro nuevo jefe a que tomara con nosotros la cena que le habíamos preparado. Esta actitud mía no influyó en aquel hombre ni lo sacó de su mutismo. Ansiosos de romper el embarazoso silencio, cada uno de los jefes de la fábrica se adelantó hacia el coche y repitió la invitación. Cuando hubo terminado el último de ellos, el director general descendió del auto, se ciñó el gabán y sin decir todavía una sola palabra, entró en la casa, y entonces pudimos ver la razón efectiva de su actitud. Bajo su capota gris llevaba nada más un traje de tela de lino muy delgada, que más bien parecía un par de pijamas. Su jacket estaba indescriptiblemente deteriorado, y para quitarle todo motivo de mortificación, recurrimos al fácil expediente de proporcionarle alguna ropa de mi marido, procediendo con toda discreción en este punto, lo cual se hizo gracias a la afortunada coincidencia de que él y Carlos tenían casi la misma estatura.

Así la cena de bienvenida pudo efectuarse sin otros incidentes desagradables, aunque no podamos decir que fue una convivialidad alegre.

La reticencia del nuevo director general no duró más que aquella noche en que le ofrecimos la cena. Su primer acto después de hacerse cargo de la refinería, consistió en someter a todos los empleados a una prueba de lealtad colectiva. Con órdenes perentorias, convocó a una junta a todos los trabajadores y los jefes, y cuando los empleados llenaron el lugar de la audiencia, lo encontraron a él instalado ya tras de un escritorio, teniendo a su lado a varios agentes de la policía secreta. Se pasó lista de todo el personal, nombre por nombre, y cada uno de los trabajadores fue sometido a un interrogatorio, no en relación con su experiencia

y su habilidad en el trabajo, sino respecto a su lealtad hacia Stalin. Aquellos que vacilaban al contestar, eran separados rápidamente de los demás y se les anotaba como "obreros indeseables".

Cuando llegó el turno a mi esposo Carlos, quienes habían sido sus subordinados en la refinería rompieron en aplausos, ansiosos de demostrar a los rusos que tenían en él a un jefe de la empresa que merecía toda su aprobación.

Esta ovación cordial llenó de orgullo a Carlos, pero cuando avanzó hacia el director general y vio en su cara un gesto de desagrado, comprendió que el hecho de que tuviese el apoyo de su personal resultaría en fin de cuentas adverso a sus intereses. Por lo pronto, sin embargo, no pasó nada. Nada más las preguntas de siempre:

—¿Es usted alemán?

—No.

—Entonces, ¿por qué tiene usted nombre alemán?

Se trataba de una tediosa repetición más de la misma frase, como cuando se pone un disco roto en un fonógrafo.

Mi marido y los otros jefes de la empresa pronto se dieron cuenta de que, a pesar de su actividad intensísima, el nuevo director general no sabía nada respecto a la industria petrolera. Se hizo patente que su tarea no consistiría en dirigir la producción de combustible de alta calidad, sino en averiguar las opiniones políticas del personal de la fábrica y buscar ocasión para deshacerse de los antiguos jefes de ella. Algo como la sombra de males próximos parecía abatirse sobre nosotros al ir desarrollándose nuestras diarias tareas. Aparentemente la vida seguía adelante con tranquilidad. Los hombres que trabajaban en la refinería por la noche volvían a sus hogares como siempre; la fábrica seguía funcionando como antes, pero era patente que ahora faltaba todo incentivo. No se habían efectuado aún aprehensiones de gente nuestra, pero los interrogatorios ince-

santes tenían inquietos a todos. Lo que había ocurrido es que el terror había entrado en la ciudad con el ejército ruso.

En diciembre de ese año, poco después de que Rusia había declarado la guerra a Finlandia, una comisión del Ejército Rojo llegó a la refinería. Buscaban una fuente de abastecimiento de petróleo refinado que resistiese sin congelarse una temperatura de 55 grados bajo cero. Finlandia es un país excesivamente frío en el invierno.

Los jefes militares rusos convocaron a una junta especial al personal técnico de la refinería y preguntaron a mi esposo si podría producir un combustible de alta calidad que no se congelara. Carlos era un perito técnico educado en todas las disciplinas relacionadas con su profesión, y pensó naturalmente que aquellos jefes militares querían realmente conocer la capacidad de nuestra planta de refinación.

—No— contestó Carlos.—Con el equipo de que disponemos ahora, el mejor combustible que podemos producir sólo permanecerá líquido a 30 grados bajo cero.

Decir la verdad fue un grave error de Carlos. Uno de sus subordinados sabía ya que es mucho más conveniente mentir cuando un funcionario soviético hace preguntas. Lo que tiene uno que hacer, si su conciencia se lo permite, es prometer que hará lo que le piden, puédase o no llevarlo a cabo. Tartamudeando el hombre aquel, que no tenía la menor idea de las dificultades técnicas relacionadas con la demanda rusa, aseguró a los jefes militares rojos que el combustible que buscaban sí podría producirse. Entonces los soviéticos se volvieron hacia mi marido con gran enojo.

—¡Saboteador! Usted tiene que producir el combustible de acuerdo estrictamente con nuestras especificaciones, y deberá tenerlo listo dentro de un mes a lo sumo.

Nuestras dificultades mayores se iniciaron en el momento mismo en que mi esposo fue expulsado de la reunión con las palabras anteriores.

Uno o dos días después estalló un pequeño incendio en la refinería. Era algo que ocurría con alguna frecuencia; no era un accidente extraordinario, ya que en la fábrica no se trabajaba más que con substancias inflamables, pero en los últimos años mi esposo había implantado el uso inmediato de medidas de seguridad que habían logrado impedir daños mayores. El nuevo director general decidió aprovechar aquel incendio para cumplir sus propios designios, y para nosotros resultó ser una magna conflagración que consumiría nuestras vidas y nuestras esperanzas.

En vez de recurrir a los sistemas usuales de seguridad para dominar el fuego, el director general envió una llamada urgente a la policía secreta. Al dirigirse a la refinería los agentes de la NKVD, el chofer que los conducía los oyó comentar con regocijo el incidente porque les daba oportunidad de deshacerse de mi esposo. Al valor y la lealtad de este chofer debimos en aquel momento nuestra escapada. Tan pronto como dejó a los agentes de la NKVD en la planta, se apresuró a buscarme para decirme lo que había oído, y yo por mi parte corrí a la refinería en busca de mi esposo.

Todo era confusión en la fábrica cuando llegué. No se había hecho ningún esfuerzo eficaz para contener el fuego. La gente corría de un lado para otro en desorden, en tanto que el director general y los agentes de la NKVD estaban conferenciando para determinar a quién harían responsable del incendio, para capturarlo. En aquella batahola logré localizar a Carlos y le dije lo que el chofer había alcanzado a oír de labios de los agentes. Los dos juntos abandonamos de prisa la fábrica y Carlos se dirigió al momento a Lwow, donde tenía amigos que le darían refugio. Unas cuantas horas después tenía yo listo mi equipaje para partir hacia esa ciudad y reunirme con mi marido.

Nuestra permanencia en Lwow fue breve. Nos ente-

ramos de que se había lanzado la voz de alarma por nuestra fuga y se ordenaba nuestra persecución. Nos pusimos a proyectar la escapatoria abandonando el territorio ocupado por los rusos. Por mera casualidad, un día nos encontramos con otra pareja de checoslovacos que también iban huyendo, y nuestros destinos se unieron a través de todas las vicisitudes que nos sobrevendrían.

¿Cómo escapar? Este era el único pensamiento que teníamos en la mente aquellos dos esposos y nosotros. No podíamos ni pensar siquiera en los medios naturales para viajar: el tren o el aeroplano. Una vez que la NKVD decidía apoderarse de una persona, toda posible ruta de escape quedaba estrictamente vigilada de noche y de día. Por fin, como medida desesperada, se nos informó que había un hombre en el pueblo que conocía una ruta no vigilada hacia la frontera rumana. Por cierta cantidad de dinero ese individuo podría conducirnos por la noche hacia un sitio en que pudiéramos cruzar la línea divisoria sin peligro. Nada sabíamos de este hombre, pero instintivamente nos sentimos inclinados a confiar en cualquiera persona que desafiara a la NKVD con tal de ayudarnos. Los cuatro reunimos los fondos que teníamos, pedimos prestado y finalmente juntamos la suma necesaria, 8,000 rublos, que se nos pedía por los servicios de aquel guía.

Emprendimos la marcha una noche clara y llena de estrellas, hacia la libertad, por un campo abierto. Nunca nos hubiéramos imaginado las tremendas penalidades que nos amenazaban. Eramos un hombre y una mujer ya cercanos a la edad madura y se nos obligaba a empezar de nuevo la vida. Pero esto era lo de menos. Nos hacía reír el simple pensamiento de que íbamos por fin a dejar atrás nuestros temores y a sentirnos libres de nuevo. Carlos y yo nos cogimos de la mano como una joven pareja a punto de juntar sus vidas. Al avanzar apresuradamente, mirando hacia las

estrellas de cuando en cuando, mi corazón rebosaba de felicidad. Apenas si oía yo, vaga y distante, la voz del guía que se nos reunía a ratos y luego se nos adelantaba, urgiéndonos a proseguir el viaje con la promesa de que pronto llegaríamos.

Por mi parte no necesitaba sus palabras de aliento. Sentí que bien podría seguir caminando y caminando así indefinidamente. Miraba y miraba la gloria de aquel cielo estrellado. En realidad nunca fui muy afecta al estudio de la astronomía, pero esa noche veía las estrellas con un interés inusitado, con una gran esperanza. De pronto me invadió una ola de verdadero pavor. Aunque mi conocimiento de las constelaciones era muy escaso, creí percatarme por ellas de que no íbamos siguiendo la ruta que se nos había señalado. ¿Era que nos apartábamos del camino para tomar otro más corto? Pero aun así, sentí que llevábamos ahora una dirección demasiado inclinada hacia el sur. Dominé mis temores y mis dudas a pesar de todo. Quizás estaba yo equivocada —me decía a mí misma—, y ¿qué derecho tenía yo de provocar en mis acompañantes una alarma tonta?

Caminamos y caminamos, pero como ya no tenía idea de la ruta que seguíamos, sólo veía hacia los cielos. Cada minuto que pasaba reducía un tanto el júbilo que antes hacía vibrar mi espíritu. Oía claramente la voz del guía. ¿Por qué hablaba tanto y en voz alta, cuando por todos motivos debíamos avanzar tan sigilosamente como fuese posible? ¿Por qué se empeñaba en tranquilizarnos repitiendo las mismas palabras, asegurándonos que pronto llegaríamos? ¿Qué sabíamos, después de todo, acerca de ese hombre? No pude contenerme ya y le susurré a mi esposo al oído las dudas que sentía.

Fué inútil. Sólo me saqué un reproche de mi esposo por preocuparme, pues insistió en que mis temores se debían a nuestra desdichada fuga tan reciente del amado hogar.

Tiempo después, volviendo la vista atrás, hube de llorar amargamente las consecuencias de haberle hecho caso y haber callado, porque mis temores y mis dudas resultaron ser, ¡ay!, muy bien fundados. En efecto, unos minutos después aparecieron de pronto en torno nuestro las figuras ennegrecidas por la obscuridad de varios hombres que interceptaban nuestro camino, y yo alcancé a ver una péfida sonrisa en la cara de nuestro guía. Ciertamente estábamos ya "allí", como nos lo había prometido. Por 8,000 rublos nos había conducido como unas ovejas a un aprisco arreglado previamente por la NKVD. A los cuatro prófugos frustrados nos rodeaban los agentes de la policía soviética.



“...Con la carne adolorida por los culatazos, encadenados unos a otros, fuimos conducidos de regreso por la ruta que con tantas esperanzas habíamos recorrido poco antes...”

CAPITULO II

MEDIA hora después de nuestra captura, con la carne adolorida por los culatazos y los puntapiés que nos daban con sus pesadas botas los agentes de la NKVD, encadenados unos a otros, fuimos conducidos de regreso por la ruta que con tantas esperanzas habíamos recorrido poco tiempo antes. El choque nervioso de nuestra súbita aprehensión y el fracaso dolorosísimo de nuestro intento de escapatoria, nos dejaron atónitos. Casi ni nos dábamos cuenta de las burlas de nuestros captores ni del rumbo por el que nos conducían. Nos llevaban, según vimos después, a la prisión soviética de Stanislawow, una de las instituciones carcelarias más temidas del territorio ruso. Allí se me separó de mi esposo, a quien no volvería yo a ver sino hasta casi un año más tarde, en circunstancias las más diferentes y terribles.

Ya la gente está ahora acostumbrada a las narraciones del género de la mía, pero esto me ocurrió a principios de 1940, cuando el mundo todavía no estaba informado de lo que pasaba a los hombres y a las mujeres que eran capturados por los comunistas. A los ojos de éstos, mi esposo, mis amigos y yo éramos unos criminales y en mi torpeza de

aquellos días me preguntaba repetidamente: ¿cuál es nuestro crimen? Nosotros habíamos cooperado con los rusos cuando ocuparon nuestra ciudad, en todas las formas imaginables. Los habíamos recibido cordialmente, sin rencor alguno. Nos habíamos esforzado por realizar todos los trabajos que nos asignaron. Los habíamos agasajado en nuestros hogares; nos habíamos sometido a sus interminables interrogatorios y habíamos dado respuesta con toda veracidad a sus preguntas.

Nuestro crimen, según hube de saberlo poco después, era algo que la Rusia soviética nunca ha perdonado ni perdonará jamás: demostramos que no nos hacía feliz su régimen al tratar de huir de él. Este es un delito muy grave a los ojos de los comunistas, un crimen más negro que el acto más obsceno o el asesinato más alevoso; un crimen que merece la pena de muerte, y una muerte más lenta, más angustiosa que cualquiera ejecución rápida que ponga fin a la vida y al martirio de los reos.

Cuando llegamos a Stanislawow nosotras dos, separadas de nuestros esposos, se nos llevó ante las autoridades de la prisión, las cuales nos despojaron de nuestros bienes personales. Luego se nos arrojó en un calabozo de seis metros de largo por seis metros de ancho, que tenía ya adentro a unas 40 mujeres prisioneras, las cuales resultaron ser como una manada de lobos, que ni daban ni pedían cuartel a quien se les pusiera cerca. Apenas habíamos entrado mi amiga y yo en la mazmorra, cuando se nos echaron encima las otras presas y en un instante nos arrebataron por la fuerza las prendas de ropa que llevábamos puestas y cuanto de algún valor o atractivo nos habían dejado los jefes del penal. Después de este acto que nos puso tan sorprendidas como incapacitadas para defendernos, permanecimos las dos todas confundidas, mientras cuarenta pares de ojos nos asaeteaban. Unas de esas mujeres nos veían con hostilidad, otras

con mofa y algunas más con mirada estúpida e indiferente. No tardamos mucho en enterarnos de que en aquella cárcel estrecha prevalecía un sistema de castas muy especial, el cual era fomentado y promovido por los guardias de la prisión y sus subordinados.

En el peldaño superior de esta escala social peculiarísima, estaban las mujeres criminales y prostitutas, quienes gozaban de privilegios extraordinarios por parte de las autoridades. En el peldaño inferior figuraban muchachas y viejas como mi amiga y yo, de hogares respetables, a quienes se consideraba "transgresoras del orden social soviético". Debajo de nosotras estaban las mujeres de los funcionarios soviéticos caídos en desgracia, y muy en el fondo, en el suelo, estaban las mujeres que eran miembros de órdenes religiosas. Estas últimas recibían el trato más inhumano.

Después de hacernos unas cuantas preguntas y dirigirnos burlas crueles, las mujeres criminales se recrearon en humillarnos en otras muchas formas. Mi amiga y yo ni pretendimos siquiera contestarles. Con esto pronto se nos abandonó temporalmente, dándonos oportunidad de observar más detenidamente lo que había en torno nuestro. En un rincón de la celda había un bote sin tapa que servía de letrina. Los muros y el piso estaban húmedos y fangosos, llenos de piojos y otros insectos. No había camas ni asientos y la mayoría de las cuarenta mujeres permanecía de pie o se sentaba en el suelo cubriéndolo totalmente. Nuestras compañeras de prisión eran de muy variadas edades, pues las había todas arrugadas y canosas y no faltaban las chiquillas de 16 a 17 años, pero todas tenían esto en común: sus ropas eran astrosas y hechas guiñapos; sus cuerpos llevaban mucho tiempo de no lavarse y sus cabelleras estaban sucias y despeinadas.

Llegó la noche y sentimos hambre y sed, pero no se nos

dio ni alimento ni agua. Las prisioneras ancianas se habían acomodado en sus lugares de costumbre en el piso, en tanto que mi amiga y yo permanecíamos encogidas en un rincón, abrumadas por la suerte que nos había tocado. Nunca hubiéramos pensado que llegara una vez en nuestra vida en que tuviésemos que acostarnos en el suelo, en un piso sucio y fangoso, y que en tal postura apeteeciéramos el sueño para escapar de una pesadilla pavorosa.

Cuando la obscuridad se hizo muy profunda y casi todas las presas estaban durmiendo, un súbito ruido se oyó fuera del recinto, en el corredor. Las luces de varias lámparas arrojaron sus resplandores sobre nuestras caras, y con gritos y empujones los guardias ordenaron que todas nos pusiéramos de pie. Estaban cateando el calabozo, lo cual según supimos después era una diaria rutina, un procedimiento que se repetía casi todas las noches, y durante la búsqueda, que duró más de una hora, dos mujeres jóvenes, por razones que nunca supimos, recibieron órdenes de permanecer de pie, con la cara vuelta hacia la pared, sin moverse, con los brazos en alto.

A la hora de estar ahí los policías me llegó mi turno. Se repitieron los gritos y los golpes, y los guardianes se metieron a fuerza pisando los cuerpos de las mujeres que no les abrían paso rápidamente. Se me dijo que me necesitaban inmediatamente en la oficina principal de la NKVD para una diligencia. Esta fue mi primera tortura, pero pronto me enteré de que las llamadas de ese género siempre llegan en mitad de la noche, cuando el prisionero, levantado con la torpeza propia de un sueño intranquilo que se suspende de pronto, es obligado a hacer sus declaraciones y sufrir la tortura.

Al conducirme dos guardias por el largo y penumbroso corredor, de pronto me dijeron que me detuviera con la cara vuelta hacia la pared. Se colocaron ellos a mi espalda. Es-

peré, encogiéndome, a sentir un golpe o quizás un tiro en la nuca, pero no pasó nada. Luego oí pasos que se aproximaban en dirección opuesta. Era que llevaban a otro prisionero de regreso a su calabozo, después de haber estado en la oficina de la NKVD, y no querían que yo viera de qué preso se trataba. Los pasos se aproximaron más a nosotros y siguieron adelante, después de lo cual se me permitió dar cara al frente para seguir camino de la oficina.

Pronto llegamos a un amplio corredor, al cual daba la puerta de la oficina de la NKVD. Adosados a uno de los muros había unos gabinetes de madera, como casillas telefónicas. Eran los lugares donde los prisioneros esperaban su turno para ser interrogados. Se me empujó hacia dentro de uno de esos gabinetes y se me dijo que esperara. Hasta ese momento, alguna vez yo me había sentido más o menos trastornada, pero nunca como esa ocasión, ya que siendo la noche bastante fría, empecé a sentir que por todo mi cuerpo corría copioso sudor. A lo lejos, ligeramente apagados por los muros que se interponían, alcanzaba yo a oír los lamentos de una mujer, terribles gritos de dolor y de angustia. Cerca de mí, en el gabinete contiguo, una mujer se soltó llorando.

No sé cuánto tiempo hube de esperar en aquel estado de terror, pero de pronto se abrió la puerta del gabinete y me sacaron de ahí casi a rastras para llevarme a una oficina intensamente alumbrada, con trágica intensidad, de la NKVD. Me sorprendió no ver ahí más que a un solo oficial que me miraba impassiblemente y que sin el menor titubeo, me ordenó que denunciara yo a mi esposo de ser espía de los enemigos del Soviet si quería evitarme mayores dificultades.

Esto provocó en mí una reacción de ira que hasta me hizo olvidar el miedo. Lo que dije fueron las primeras palabras que pronunciaba desde que se me capturó, y las dije

con toda entereza: "Soy mujer casada que ama a su esposo y no trataré de librarme de dificultades por ese medio".

Me enorgullecía de hablar así, con todo énfasis, profundamente indignada, ante una situación que podía haberme anonadado. Mis palabras sólo provocaron risa en el hombre de la NKVD, y sin decirme más, fui conducida secamente otra vez al calabozo.

Media hora más habría transcurrido cuando se me levantó de nuevo para llevarme otra vez a presencia del mismo oficial. Mis temores habían aumentado enormemente. ¿Se me torturaría y se me golpearía, y en caso de sometérsese a semejante tratamiento podría yo resistirlo? La tortura a que fui sometida revistió una forma inesperada. Primero se me hizo una pregunta breve a la que contesté categoricamente.

—¿Ya cambió usted de opinión?

—No, señor.

Entonces el individuo aquel cruzó el cuarto y sin decir nada, abrió una puerta que estaba en el muro del fondo. Alcané a ver que conducía a un cuarto mucho más grande y alumbrado con luz más intensa. Al fondo de ese salón, colgado de los brazos con un aparato extraño, estaba un hombre que tenía medio cuerpo desnudo. Junto a él había dos esbirros de la NKVD cuyos brazos se alzaban y caían sobre él acompasadamente, en tanto la figura del prisionero se retorció y encogía, pero no oí que gritara. De la boca de aquel preso salía sólo un ruido gutural horrible. De pronto el guardia soltó la cuerda que mantenía al prisionero y éste cayó al suelo arrojando sangre por todas partes. Cerré los ojos. A mi espalda oí la voz del oficial de la NKVD.

—Ese es el marido de otra mujer presa. Su esposo de usted será el próximo.

Luego se me condujo de vuelta al calabozo.

Once veces durante la noche se me llevó a rastras al



“...se me obligó a presenciar las escenas espantosas del martirio de un hombre...”

cuarto de los interrogatorios y se me obligó a ver por la puerta fatídica las escenas espantosas del martirio de un hombre. La tortura era cada vez más horrible que la anterior y me atormentaba más, porque en cada ocasión al abrirse la puerta esperaba yo ver a Carlos, mi esposo, colgado en aquel instrumento de tortura ante mis propios ojos. No sé quién habrá sido aquel pobre hombre ni podría decir si era el mismo cada vez o hubo varias víctimas aquella noche. Debía yo haber sabido que no era tiempo aún de que le llegara su turno a Carlos, porque la NKVD rara vez realiza sus amenazas desde luego. Su sistema de tortura consiste en prolongar la agonía de la espera tanto como sea posible.

Era casi el alba cuando por fin se me arrojó de nuevo en el calabozo, a empujones y puntapiés, porque lo que había visto por la puerta abierta de aquella sala fatídica, me había dejado sin fuerza nerviosa, ni para andar siquiera. Así pasé la primera noche en la galera número 73 de la prisión soviética de Stanislawow.

CAPITULO III

JAMAS volví a ver al oficial de la NKVD cuyos atropellos resistí con tanto éxito. Pero en cambio vi de nuevo el cuarto de tortura cuando fui conducida a él dos días después. Como es usual en esas diligencias, ya era bastante tarde por la noche, y hube de permanecer largo rato en uno de los gabinetes de madera del corredor. Al estar esperando a que se me llamase, toda temblorosa por el miedo, oí que golpeaban la pared divisoria que me separaba del gabinete contiguo y contesté con suma suavidad, con lo cual supe que quien llamaba era una mujer que estaba presa en otra galera de la misma prisión. Desde esa noche diariamente, al estar otras mujeres y yo esperando en el mismo sitio para que se nos llamara al interrogatorio, tocábamos con los nudillos en la tabla que dividía los dos gabinetes y nos comunicábamos en voz muy baja. Así supimos lo que ocurría en la prisión fuera de nuestras galeras respectivas.

Con más prisa de la que yo hubiera querido, se abrió la puerta de la caseta en que estaba esperando y me condujeron a presencia de los agentes de la NKVD. Esta vez eran tres los agentes a que había de enfrentarme, y aunque pareciera increíble, los tres personajes me hicieron las mismas

preguntas con que se me había agobiado desde hacía muchos meses, cuando todavía me hallaba en mi hogar.

—Si usted es checoeslovaca, ¿por qué tiene nombre alemán?

—¿Cómo es que ha aprendido a hablar tantos idiomas?

—¿No es verdad que la han venido entrenando desde su niñez para ser espía anticomunista?

Cada vez que yo negaba lo que me preguntaban, me respondían con un golpe e insistían en su pregunta. Otra negativa y otro golpe, y después la misma pregunta nuevamente. Repetíase una vez y otra el interrogatorio y entonces cambiaba el tono de las voces.

—¿Por qué insistir en negar algo de lo cual tenemos prueba segura?

—¿Por qué no confesar la falta y evitar que la sigamos castigando?

Las presas me habían advertido que los agentes obrarían en esa forma, porque lo único que deseaban era sacar una confesión, así fuese falsa o verdadera. Entonces, si admitía una su culpa, como enemigo confeso del orden social soviético, podían esos hombres aplicarle el castigo que quisieran. Así que yo estaba algo preparada, gracias a mis compañeras de prisión, y saqué fuerzas de flaqueza para decir siempre “no” cuantas veces repitieron sus preguntas. Luego, toda temblorosa y sangrante, me volvían a llevar al calabozo para sacarme de nuevo de ahí una hora o dos más tarde, y conducirme a presencia de los verdugos.

Una noche, después del interrogatorio usual y de los golpes que me asestaban sin misericordia, cambió la actitud de los oficiales notablemente. Hablándome con voz suave y tranquila, uno de ellos me dijo que era muy tonta en seguir asumiendo la misma actitud, cuando en mi mano estaba hacer que las cosas cambiasen en mi favor. Todo lo que tendría yo que hacer era decirles cuanto supiese acerca de la

pareja que fue capturada con Carlos y conmigo e informarlos además de todo lo que ocurriese en mi galera. Yo me imagino que creyeron que estaría dispuesta a obrar como lo indicaban, porque cuando les manifesté que me rehusaba a seguir la conducta que me proponían, se mostraron muy sorprendidos. Pero luego que se dieron cuenta exacta de la situación, se me echaron encima uno tras otro y me golpearon y me dieron puntapiés hasta hacerme perder el sentido. Volví en mí cuando estaba tendida en el piso de mi galera.

Lo que me estaba ocurriendo era algo completamente usual en la prisión. Rara vez pasaba una noche en los largos diez meses que estuve en aquella cárcel, sin que a una mujer se le levantara con lujo de violencia por los guardias y se le hiciera salir del cuarto para devolverla un par de horas más tarde, siempre cubierta de sangre. Muchas de estas mujeres regresaban en estado de completa inconsciencia, aunque no estuviesen totalmente sin sentido, y nunca nos cambiábamos con ellas explicaciones de ningún género. Esto se debía a las espías que hubiera en la mazmorra y que por un cigarrillo o un pedazo extra de pan denunciarían de seguro a sus compañeras de prisión ante los agentes secretos.

Muchas mujeres que regresaban después de las diligencias inquisitoriales de la media noche, permanecían silenciosas, en un estado de desesperación muy honda, y algunas hubo que hasta trataron de suicidarse. Una noche, mi amiga, que estaba durmiendo cerca de mí, fue despertada por un ruido curioso, como de alguien que respira difícilmente, y por los movimientos convulsivos de un cuerpo que estaba junto al suyo. Se puso rápidamente de pie y alcanzó a soltar una tira de tela con la que se estaba ahorcando una de las presas. Era un jirón arrancado a una camisa. Aquella mujer luchó contra mi amiga para que no le impidiera qui-

tarse la vida. Mordió y arañó a mi amiga en su lucha, no por la existencia, sino contra ella.

A pesar de todo el horror de aquellas noches, me parece que las mañanas eran aún más difíciles de soportar, porque en la noche una podía escapar de la angustia. De tanta fatiga se quedaba una dormida, y en sus sueños siempre se sentía transportada al pasado, a esos días en que una podía entrar y salir por todas las puertas sin rejas, cuando una podía asomarse a las ventanas y contemplar un mundo normal. Y si el sueño no llegaba, bien podía una soñar con los ojos cerrados. . . Soñar con aquella casita en que yo, por ejemplo, fui tan feliz al lado de mi esposo; soñar recordando alguna palabra tierna y amorosa, o los versos de algún poema que volvía a la memoria, o alguna melodía que yo cantaba con mis amigos. . .

Pero por la mañana el retorno a la realidad era intolerable. Del suelo fangoso y de la letrina abierta del rincón, de los cuerpos sucios y sudorosos que se apretujaban cubiertos de ropas astrosas y llenas de insectos, salían olores que se mezclaban con la pestilencia del pescado rancio y la sopa de col ácida de la víspera. Despertando de pronto, recibiría una sus sentidos y percibía los ronquidos de las mujeres ancianas, las toses y los gargajeos, los lamentos y las maldiciones que acompañaban indefectiblemente el retorno de la mañana en la galera número 73.

Toda la noche habíamos permanecido recostadas en el piso, en gran apretura; muchachas muy jóvenes y mujeres viejas; apretujándose las que tenían refinamientos y las que eran criminales, juntando nuestros harapos para calentarnos, y los piojos y otros insectos recorrían y picaban nuestros cuerpos. Si una mujer cualquiera decidía cambiar de postura, toda la hilera tenía que hacer lo mismo, porque así estábamos de juntas y apretadas. Si se movía una mujer, o si tosía o lloraba, le lanzaban muchos improperios,

todo género de insultos, porque las delincuentes del orden común usaban un lenguaje procaz, y todas en general se disgustaban por cualquier ruido o movimiento que les impidiese escapar de la pavorosa realidad por la vía del sueño, aunque fuese por unas cuantas horas. Dormidas podíamos olvidar hasta el hambre que estrujaba nuestros estómagos, los golpes que tenían tundidos nuestros cuerpos y los dolores que producía el duro lecho en nuestros huesos, y aun el frío y el terror que nos martirizaban durante el día.

Pero cuando la luz del alba penetraba por el ventanillo elevado, la saludaban maldiciones e improperios. No había nada bueno que esperar, nada que el día pudiese traerle a una más que cosas feas y temibles. Quizás habría otro interrogatorio en la oficina principal; acaso volveríamos a oír los alaridos de alguna desdichada persona a quien estuviesen torturando; tal vez habría un súbito tiroteo más en el patio de las ejecuciones. Quizá el nuevo día nos diera la rara oportunidad de darnos un baño, lo cual hubiera sido motivo de felicidad a no ser porque los guardias aprovechaban la ocasión para atormentarnos obligándonos a permanecer completamente desnudas en el sótano frío donde nos bañábamos, mientras ellos se divertían abriendo y cerrando desde arriba las llaves del agua, con lo cual nos echaban alternativamente chorros de agua helada y de agua casi hirviendo que martirizaban nuestros cuerpos temblorosos.

Las mujeres que se enfrentaban con renovada congoja cada día a tan angustiada situación en la galera número 73, eran de todos los tipos imaginables. Las había jóvenes y todavía inocentes a pesar de lo que habían pasado; otras eran ya endurecidos despojos sociales. Había entre éstas una que dio muerte a su niño. Otra era una criminal que había asesinado a su suegra y después incendió la casa en que vivía, para ocultar su crimen. Muchas de ellas eran mujeres públicas. Había algunas muchachas polacas y ucrania-

nas, de buena crianza y muy religiosas. Las criminales se entretenían escandalizándolas con palabras ordinarias todo el día, y nos encolerizaba que aquellas niñas tuviesen que escucharlas forzosamente. Pero cuando las criminales advertían nuestro disgusto, se echaban a reír y gritaban sus picardías con mayor fuerza, poniendo especial empeño en que aquellas niñas las oyesen y comprendieran el significado de sus malas palabras.

No podía haber secretos en nuestra prisión. No había qué hacer en todo el día, más que esperar la llegada temida de los carceleros. No teníamos libros ni papel para escribir, y aunque habíamos tratado de improvisar agujas para coser nuestras ropas, empleando huesos de pescado que a veces encontrábamos en la sopa, los guardias nos las quitaban tan pronto como las descubrían en nuestro poder.

La ociosidad obligatoria en que vivíamos, daba pábulo a la curiosidad de las mujeres. Hacían una interminable serie de preguntas todo el largo día y no respetaban nada de la vida privada de las demás. Tenía una que acabar cediendo a sus instancias y contestando a sus preguntas, aunque no fuese más que para escapar a sus interrogatorios insistentes. De esta manera fue que hubimos de hablar acerca del pasado y de cómo ocurrió que nos pusieran en la prisión. Una mujer había sido enviada a la cárcel por haber pertenecido a cierta organización patriótica mucho tiempo antes de la guerra; a otra la tenían allí por haber sido profesora y haber enseñado a sus alumnas un poema encantador pero que estaba prohibido por las autoridades. Las jovencitas de que antes hablaba, estaban presas nada más porque habían pertenecido a la organización de las niñas exploradoras, las *girl scouts*, que fue prohibida por los soviéticos; otras como yo, habían tratado de escapar cruzando la frontera y habían sido capturadas. Por fin ya todas sabíamos cuanto podía saberse respecto de las demás; cómo había vivido cada

una antes de la ocupación rusa y por qué tortuosos caminos cada una había llegado a ese espantoso lugar del que no había escapatoria posible.

Sólo una entre nosotras mantuvo su secreto y permaneció como un enigma insoluble. Ni la más curiosa de nosotras pudo desgarrar el velo misterioso que la rodeaba. Un día de tantos, cuando menos se esperaba, la arrojaron en nuestra celda. El estrecho lugar estaba repleto ya de cuerpos humanos, y parecía imposible que se hiciese sitio para uno más, pero el guardia abrió la puerta, la metió a empujones y volvió a cerrar. Y ahí estaba ella, un esqueleto descalzo medio envuelto en unas garras. Su cuerpo emaciado, su blusa hecha jirones y lo que le quedaba de enaguas tenían un solo color: terroso y ceniciento, y le habían rapado totalmente el cráneo.

Permaneció tirada en el suelo, cerca de la puerta, donde cayó cuando la metieron, abrazando sus rodillas huesudas, sin dirigirnos la mirada. Cuando nos le acercamos, se encogió más, huyendo de nosotras, agachándose como si tuviera un miedo insufrible. Parecía más bien un ser salvaje escapado de las selvas que un ser humano; un cuadro mudo del terror y la desconfianza. Tratamos de comunicarnos con ella en diversos idiomas, pero no parecía enterarse de nada, como si fuese sorda y muda.

Y así permaneció toda la noche, muy cerca de la letrina, un montón de despojos y de harapos completamente sin vida. Durante varias semanas se mantuvo aislada y silenciosa, sin preocuparse de lo que nosotras quisiéramos hacer para acercárnosle. Tenía el cuerpo y las ropas llenas de piojos y no se preocupaba por ello. Le hicimos señas para hablarle indicándole cómo debía coger los insectos y matarlos, pues todas nosotras habíamos aprendido ese arte tan útil después de varios meses de prisión. Pero al parecer a ella no le importaba que la atormentasen los piojos. Estaba siem-

pre sentada, viendo cómo aquellos asquerosos animales se paseaban por sus piernas y sus brazos.

Cuando nos traían el pan y la sopa, aquella mujer no se apresuraba a recibir el alimento como lo hacíamos las demás, sino que esperaba con toda apatía a que acabáramos nosotras y después se ponía a comer despacio, partiendo su pan en pedacitos muy pequeños y bebiendo su sopa a sorbitos. Los carceleros se aparecían con suma frecuencia y le ordenaban que dijese su nombre, pero ella contestaba nada más: "yo soy hija de Dios". Le preguntaban entonces qué hacía cerca de la frontera húngara, y ella respondía invariablemente con la misma voz hueca: "Estaba buscando hongos en el bosque y me perdí". Los carceleros jamás obtuvieron de ella otra respuesta, aunque mucho se esforzaron por obtenerla, fuera de lo ya dicho.

Un día la desnudamos por la fuerza, le echamos encima una manta y llevamos sus ropas sucias al baño para matarle los insectos. Pero no pareció advertir diferencia alguna cuando le devolvimos sus ropas ni le importó que estuviesen limpias o sucias. Hicimos todo lo posible por hacerle notar que nosotras no éramos sus enemigas, pero ella no cambió su actitud en lo absoluto. Nada nos hizo comprender lo que ella sentía, adivinar lo que ella pensaba, si es que esa mujer podía sentir y pensar.

Los guardias nos ordenaron que la hiciéramos hablar y que les diéramos parte de lo que dijese. Claro está que si aquella mujer nos hubiese dicho algo, ninguna de nosotras habría transmitido sus palabras a los guardias; es decir todas menos una, la cual habíamos descubierto que era espía. Siempre que cualquiera decía algo que aquella mujer pensaba que fuese de interés para la NKVD, esperaba a que llegase el guardia con la sopa y le hacía una seña. Minutos más tarde la mujer espía era llamada a la oficina principal, y después de su regreso, una u otra de las

presas era llevada al sótano y azotada o confinada en una celda solitaria sin recibir alimento ni agua. Después de algunos meses de vivir juntas en la galera, esta mujer era la única a quien temíamos. Todas las demás, aun las más avezadas criminales, se ponían de parte de las presas en contra de los guardias.

Así los días y las noches se sucedían llenos de horror y desdicha. Contábamos las semanas que iban pasando por medio de rayas que pintábamos en la pared, y de este modo pudimos calcular cuándo debía de ser la Navidad. La llegada de esa fecha parecía modificar algo en nuestra vida. Unas cuantas recibían de sus parientes algunos paquetes y hacían partícipes a las demás del aguinaldo recibido y que a menudo consistía en pan hecho en el hogar. Una mujer recibió una vez un jabón y nos permitió que nos laváramos la cara con él en la Navidad. Hasta llegaron al calabozo algunos cigarrillos en esa ocasión, enviados a una de las mujeres públicas, y ésta pasó el cigarrillo que fumaba, de mano en mano, para que todas le dieran una fumada.

En la Noche Buena decidimos despejar el centro de la galera y ponernos a bailar, pero era tan pequeño el espacio de que disponíamos, que no sabíamos qué baile pudiera intentarse en esa estrechez. Algunas propusieron cuadrillas, pero no recordábamos cómo se habían de disponer las figuras de ese baile. De pronto, cuando más confiadas nos hallábamos, sucedió algo que nos turbó profundamente a todas:

La prisionera andrajosa que estaba acurrucada en el rincón y que jamás había hablado una sola palabra, se puso de pie y comenzó a dirigir las cuadrillas, en francés hablado tal como se oye en París, con la "r" gutural. Con voz plena de contralto, palmoteando el compás, gritaba:

"A la droite, passez, tour des mains, balancez!"

Pocas mujeres sabían en qué idioma hablaba la prisionera astrosa, pero todas advirtieron la excitación que ha-

bía en su voz y empezaron a danzar al ritmo para ellas desconocido que ella marcaba, unas riendo y otras llorando... ¿Era el espíritu de Navidad que se atrevía a romper las defensas, por así decirlo, que cercaban al espíritu de aquella cautiva antes muda? ¿Es que no pudo al fin soportar ya más su aislamiento, o era su actitud un reto a las fuerzas hostiles que la perseguían? Nadie lo sabría jamás. Pero allí estaba ella, completamente transformada, a pesar de sus andrajos y su cabeza monda, rapada, —un ser humano con un corazón que latía y con unos ojos muy brillantes, sonriendo por la primera vez desde que llegó a nuestra cárcel.

“Balancez, tour des main, révérence!”

Súbitamente se me vino a la mente la certeza de que yo había visto a esa mujer antes. ¿Acaso en algún teatro o quizás su fisonomía me recordaba el rostro de alguna mujer bella, vista en cierta publicación ilustrada? Al observar su cara bajo la tenue luz que radiaba de la única lámpara eléctrica que pendía del techo, me figuré verla como estaba segura de haberla contemplado alguna otra ocasión, bella y dominadora, vestida toda de blanco, con los ojos oscuros centellantes y una tiara refulgente coronando la masa de su cabello negro.

“A droite, balancez...!” Bajo el hechizo de su voz, bailamos todas hasta caer exhaustas.

Esa noche me fue imposible dormir. En vano hurgaba en mi memoria tratando de recordar dónde había visto aquella cara antes. ¿De dónde surgía ahora esa mujer? ¿Dónde había estado antes de que se convirtiera en aquel despojo humano sin nombre, mal cubierto de andrajos?

Al día siguiente, tan pronto como el carcelero trajo la sopa, nuestra espía le hizo una seña y poco más tarde fue llamada a la oficina de la NKVD. Unos instantes después llegaron los guardias y se llevaron a nuestra alegre danzan-

te de la víspera. La francesa se levantó del suelo en que yacía, poco a poco, y nos miró a todas. Luego, con un movimiento suave de su mano se despidió de nosotras, salió del calabozo y la puerta se cerró tras ella. . . Días y semanas esperamos su regreso, pero jamás volvió a la galera número 73.

Aquella misma noche de su despedida, cuando la mujer que nos espiaba regresó al poco rato, sonriente y con un cigarrillo entre los labios, hicimos entre todas algo que jamás nos habíamos atrevido a hacer antes. Sin decirnos nada para ponernos de acuerdo, nos echamos sobre la espía. Alguna de las presas, no recuerdo cuál, le tapó la boca para que no se oyesen sus gritos, y las demás la golpeamos y azotamos sin pensar por un momento en las consecuencias que tendría nuestra conducta.

La espía se quejó de seguro ante los jefes del penal y les mostró las huellas de la golpiza que le propinamos, pero quién sabe por qué no se dio paso alguno para castigarnos. La espía había dado a los policías los informes que necesitaban, y por lo demás a ellos no les importaba un ápice la suerte que ella corriese. Hay por lo menos una espía como aquella en cada galera de las prisiones soviéticas, pero a pesar de los servicios que prestan a la NKVD, las abandona a su suerte si por su espionaje se ven a veces en aprietos.

Jamás he podido olvidar a esa mujer anónima y misteriosa que dirigió nuestro baile de Navidad en aquella noche ahora tan lejana. ¿Qué habrá pasado con ella después de que se despidió de nosotras agitando levemente su mano y la puerta del calabozo se cerró tras ella?

CAPITULO IV

DURANTE todo el resto de la temporada que pasé en Stanislawow, continuó la rutina anterior: las noches en el suelo sucio, apretujada entre los cuerpos de las demás presas; los días con hambre y angustia constante: todo ello durante diez largos meses.

Llegó por fin en 1941 el día del llamado JUICIO, una escena que se reproducía en serie, como una interminable farsa, sin paralelo en la historia del Derecho. Esta vez no se me hicieron preguntas ni se me dio oportunidad de defenderme. Una por una comparecíamos las presas ante los jueces, se nos informaba del crimen que habíamos cometido y por el cual nos hallábamos en aquel predicamento, y se nos sentenciaba, todo de un golpe. . . Mi "delito" era el intento de escapar del país cruzando la frontera sin la autorización necesaria. Se me sentenció a cinco años de trabajos forzados en un campo de concentración de Siberia.

He dicho antes que comenzó mi castigo precisamente el día en que Rusia y Alemania se dividieron entre ellas el territorio de Polonia. Aunque no se dictó sentencia en mi caso hasta dos años después, mi encarcelamiento era una consecuencia inevitable de haber caído bajo el régimen de

los rusos. No importa cuál hubiese sido nuestra conducta, aunque hubiéramos tratado siempre de obedecer las disposiciones de los soviéticos, no habríamos podido evitar el que ellos nos "castigaran". En vísperas de la invasión de Rusia por Hitler, nuestro pequeño grupo de checos, polacos y otros ciudadanos de países europeos orientales, era enviado muy lejos hacia el interior de la URSS, para que no constituyésemos un peligro para el país, y además para utilizarnos como trabajadores forzados en favor de la Unión Soviética. Más tarde, cuando los ejércitos nazis avanzaron amenazando a Rusia con su definitivo aniquilamiento, se nos cortejó por los rusos para ganarse nuestra voluntad e inducirnos a pelear con ellos, como hermanos eslavos suyos, hombro con hombro, al lado del Ejército Rojo. Pero por lo pronto se nos enviaba a campos de esclavitud.

Era a fines de la primavera de 1941 cuando mis compañeras de prisión y yo tuvimos que emprender la marcha interminable a través de la URSS hacia Siberia. No había vuelto a ver a mi esposo desde la noche de nuestra captura por la NKVD, y ahora que se me enviaba tan lejos, tuve por cierto que iba a separarme de él para siempre.

Había una estación en la primera parte de nuestro viaje: Starobielsk, en la Ucrania. En medio a su esplendor bizantino los soviéticos habían organizado un lugar en que distribuían a los prisioneros destinados para su red de campamentos. La población, situada al Sur de Kiev, rodea un viejo monasterio ortodoxo, pero su magnífica apariencia de antaño ha perdido todo su antiguo esplendor. La mayoría de estos monasterios de siglos, con sus espesos muros de piedra, se consideran por los rojos como excelentes prisiones, y en el de Starobielsk el templo principal había sido despojado de sus ornamentos para instalar en él hilera tras hilera de camastros.

Allí dormimos durante el período en que se nos retuvo

en ese lugar, y en sus muros vimos angustiosos mensajes que escribieron otros presos que pasaron antes que nosotros. Unas veces sólo pusieron sus nombres o sus firmas; otras escribieron breves poemas o exclamaciones muy significativas, como “¡Dios nos salve ahora!” En esa misma iglesia, como lo supo el mundo entero posteriormente, fué donde miles de oficiales del ejército polaco estuvieron prisioneros antes de que se les asesinara cobardemente por los rusos en el bosque de Katyn.

Junto con cientos de prisioneros de ese lugar, hube de someterme a un examen físico superficial. Aquellas de nosotras que habíamos sobrevivido a la larga sentencia de reclusión, a la tortura del hambre, fuimos declaradas vigorosas por naturaleza y por lo tanto nos señalaron para purgar nuestras penas en los terribles campamentos del norte, los cuales están ubicados en la isla ártica de Novaya Semlja, Provincia de Komi, en la Siberia septentrional.

Sin embargo, por bondadosa intervención de un médico polaco que me examinó y juzgó indispensable operarme un ojo sin anestesia, me salvé de que me enviaran a los campamentos del norte, que son los más terribles de todos. Cuando el médico supo lo que nos había pasado a Carlos y a mí, se conmovió profundamente por nuestra desdicha y propuso que se me pusiera en la categoría “B”, porque declaró que no estaría yo capacitada para resistir los rigores del invierno en la región ártica.

Departiendo con el doctor, me enteré por la primera vez de que Carlos se hallaba también en aquella prisión, esperando a que se le seleccionase para su envío a determinado campamento, como a mí. A este médico le había tocado examinar también a mi esposo, y con sumo tacto me informó que los terribles golpes que le habían dado a Carlos en la prisión de Stanislavow habían acabado con su buena salud en tal manera, que no volvería ya jamás a ser

el mismo que había sido antes. Me aseguró que mi marido no sería enviado a campos de trabajos forzados que estuviesen muy al norte, porque lo había colocado como a mí en la categoría "B". No comprendí sino muy vagamente que el médico trataba de explicarme algo acerca de un profundo cambio fisiológico que había sufrido mi esposo por la golpiza que le propinaron. Por lo pronto me bastaba con saber que vivía aún y que estaba en la misma prisión que yo.

Diez días más tarde nuestro grupo de varios cientos de mujeres fué enviado a su destino, el cual no conocíamos nosotras. Cuando nos dirigíamos a la estación del ferrocarril, alcancé a ver a mi esposo por la primera vez en casi un año. Caminaba yo toda abatida hacia el tren, cuando la mujer que iba a mi lado me dió un codazo y me advirtió la presencia de un grupo de prisioneros varones que estaban más allá de la vía, uno de los cuales trataba desesperadamente de llamar mi atención. No le reconocí de pronto, pero de súbito se puso a silbar una melodía que Carlos y yo siempre usábamos para saludarnos cuando regresaba a casa después del trabajo. Ya no me cupo la menor duda. Ese hombre encorvado, envejecido, canoso, agotado, era mi marido. La última vez que lo vi era un hombre robusto, de cerca de cuarenta años de edad, y de esto hacía menos de un año. Ahora tenía ante mí un esqueleto, un ser enjuto y desprovisto de fuerzas hasta para permanecer erguido. Me desmayé al verlo en ese estado y tuve que ser llevada en brazos hasta el tren. Durante varios días sólo pude permanecer tendida en el suelo del vagón, casi enloquecida de dolor y de angustia.

Era nuestro convoy una larga hilera de vagones para ganado, con una sola locomotora. Sesenta mujeres se apretujaban en cada vagón, y un guardia se encargó de dar a cada una su mezquina ración alimenticia. Lo que nos daban

era unas cuantas piezas de pan duro y varios arenques. Una vez recibido este rancho, se selló el vagón. Un agujero abierto en uno de los rincones servía de excusado. No había bancas ni ropa para abrigarse, ni agua, y por todo alimento contábamos con lo que habíamos recibido y que apretábamos en nuestras manos. Cada dos o tres días se detenía el convoy y bajábamos a buscar agua. Luego se nos hacía volver al vagón y se nos encerraba de nuevo.

No sé cuánto duró en total aquella travesía, porque poco después de la salida dejamos de contar los días. Sólo nos servía para calcular la extensión recorrida, el aumento notorio del frío, que se hacía cada vez más insufrible. Me imagino que atravesábamos los Montes Urales cuando varias mujeres de nuestro vagón se pusieron de pronto muy enfermas. Mi amiga checoslovaca, que todavía estaba conmigo, sufrió un ataque de pulmonía casi desde nuestra partida. Yacía, más muerta que viva, en un rincón del carro, ardiendo de fiebre y delirando día y noche.

No había absolutamente ninguna medicina ni atención profesional en el tren. Ni siquiera agua había para humedecer los labios secos de la mujer agonizante. Los guardias jamás venían a vernos fuera de los días en que nos permitían desembarcar. Quienes morían quedaban encerradas con las que conservaban la vida, hasta el momento en que se tenían que abrir las puertas de los vagones. Día tras día arrastrábanse aquellos trenes para ganado en cuyo vientre conducían mujeres indefensas e inofensivas, una carga humana de angustia y de dolor en aquel viaje espantoso.

Por fin un día el tren se detuvo bruscamente y hubo una larga espera, mayor que de costumbre, antes de que se abriesen las puertas. Cuando vino el guardián nos ordenó recoger nuestras cosas y bajar del vagón. Se nos formó en el andén, detrás de los vagones, para que no pudiéramos ser vistas por los habitantes del lugar adonde habíamos

llegado. Al bajar de los vagones y mirar en torno, llegó a nuestro conocimiento que nos hallábamos en Akhmolinsk, en la Kazakhstan siberiana. Estábamos en el centro de una docena o más de campos de trabajos forzados que salpicaban el territorio en un radio de cientos de kilómetros. Cuando esperábamos detrás de los vagones, llegó un buen número de camiones de carga cubiertos de lona en los que subimos todas para recorrer el último tramo de nuestro camino.

Varios días tardamos en hacer el recorrido para llegar al campamento que se nos tenía señalado, aunque la distancia era relativamente corta. Por todas partes en torno nuestro veíamos una arena fina, amarilla, propia de una región semidesértica. Pronto empezó a soplar viento muy fuerte cargado de arena, al grado de que nuestra caravana tuvo que detener su marcha. Las mujeres, agachadas en el fondo del camión, estaban poseídas de verdadera histeria al sentir que la tierra les llenaba la boca y las narices, impidiéndoles respirar. Truenos y rayos y un copioso aguacero siguieron a ese fenómeno, con lo cual nos empapamos y se enfriaron nuestros cuerpos hasta los huesos. Pero la lluvia limpió la atmósfera y pudo nuestro camión reemprender la marcha. Salíamos de la árida región para entrar en un territorio fértil, un mar infinito de trigales por un lado y de ricos sembrados de hortalizas por el otro. Allá en el horizonte alcanzamos a ver el campo de trabajos forzados número 889, en el que penaban miles y miles de mujeres esclavizadas. Pronto sería yo una de ellas.

CAPITULO V

NO dispongo de datos estadísticos que ofrecer a mis lectores acerca de este campo de concentración y de trabajo. Sólo puedo decir lo que vi y lo que oí con mis propios ojos y mis oídos en ese lugar donde hube de vivir como un animal hasta el día de mi liberación. Afirmábase en torno mío que eran 6.000 las mujeres que trabajaban como esclavas en aquel campo, y algunas prisioneras que fueron trasladadas a ese lugar procedentes de otros campos, con las que yo hablé, me aseguraron que éste era el más pequeño de toda la región.

Vivíamos en casas hechas de adobe, a razón de 80 cautivas y una vigilante en cada casa. Por la noche nos entregábamos al sueño amontonadas en tres filas de catres o literas alineadas junto a los muros. La alimentación era apenas suficiente para mantenernos con vida; se nos exigía un trabajo excesivo con bárbara crueldad incesante y el esfuerzo que desarrollábamos deshacía nuestras espaldas.

Se había metido la Unión Soviética en dispendiosas inversiones para hacer fértil aquella región árida, y el número enorme de trabajadores que morían resultaba para las autoridades un precio bastante reducido en pago del rendimiento que exigían de aquel suelo antes infecundo.

Los vastos trigales y las enormes huertas eran el producto de innumerables pozos artesianos y de muy extensos sistemas de riego. Las cosechas que se levantaban eran en verdad milagrosas. No era efecto de mi imaginación hambrienta el ver aquellas zanahorias y patatas que pesaban una libra cada una, y las lechugas, las coliflores y otras legumbres verdes que eran gigantescas.

Todo esto se obtenía por obra de las sudorosas esclavas que labraban las tierras situadas en torno a Akhmolinsk. Los jardines eran creación de los jornaleros esclavos, desde la excavación de los pozos y las cunetas de riego hasta el planteo, el cultivo y la colecta de las cosechas. Pero en tanto aquellos pobres seres humanos que producían tamañas riquezas estaban muriéndose de hambre, maltratados y humillados en todas las formas imaginables, diariamente se mandaban a la Rusia europea cientos y cientos de autocamiones rebosantes en sus cajas de aquellos deliciosos alimentos que eran el producto de nuestras amarguras.

Nuestras raciones alimenticias contrastaban espantosamente con las riquezas nutritivas de que estábamos rodeados. Para el desayuno se nos daban 450 gramos de pan. Al mediodía nos entregaban una sopa aguada, y por la noche una substancia acuosa en la que nadaban unas cuantas legumbres hervidas que ya estaban rancias y por lo tanto eran inferiores en calidad, de modo que no podían incluirse en las que se embarcaban a bordo de los autocamiones. Un especialista en nutriología podría dar a mis lectores información estadística sobre los efectos de una dieta semejante aplicada a personas que tenían que desempeñar trabajos muy arduos en un clima espantosamente frío; yo sólo me limitaré a decir que me tocó ver con mis propios ojos cómo morían de hambre y de frío algunas de mis compañeras. Por lo que a mí se refiere, era bastante fuerte y pude resistir el castigo mejor que la mayoría de mis compañeras.

A pesar de ello, si al entrar en la prisión pesaba 69 kilos, el día en que me pusieron en libertad sólo pesaba 43. Cuando me capturaron no tenía una sola cana, y cuando salí del campamento mi cabeza estaba toda blanca, toda blanca.

La falta en que incurrían con mayor frecuencia los prisioneros en ese lugar era el robo de pan. A pesar del castigo tan severo que se les imponía por robar alimentos, el hambre era más fuerte que el temor y los robos de esa clase eran constantes. El afán mayor de cada recluso, hasta ser en él toda una pasión, consistía en trabajar en la cocina del campamento. Ahí, el grupo selecto, la "elite" de los prisioneros y los favoritos de los vigilantes recibían puestos que los capacitaban para robar alimentos sin correr mucho peligro de que los descubriesen. Era tan intensa el ansia de conseguir alimentos, que se llegó a establecer una especie de ley de la selva, por la cual cuando moría algún prisionero, se dejaba su cadáver en la litera todo el tiempo posible, para que siguieran enviándole sus raciones alimenticias, que se repartían sus compañeras de cautiverio. Esa ley era precisa: el alimento de la muerta pasaba a pertenecer a las dos compañeras del presidio que dormían junto a ella.

Hablé una vez con una prisionera que fué trasladada a nuestro campo procedente de Komi, en el norte, la cual me juró que en aquella prisión se practicaba el canibalismo. Me dijo una noche:

—Si cualquiera que haya estado en Komi le dice a usted alguna vez que jamás comió carne humana, dígame que miente. Todos los reclusos, hombres y mujeres, del campamento de Komi han comido alguna vez por fuerza carne de sus semejantes. Yo lo hice. Tan pronto como moría algún preso —hombre o mujer—, su cuerpo era materialmente destazado para comerlo.

Y era precisamente en tales condiciones en las que

nosotras las cautivas teníamos que hacer una jornada de trabajo cada día superior a toda fuerza humana. Empezábamos nuestras tareas a las 7 de la mañana y no se nos permitía darlas por terminadas antes de las 6 de la tarde. Nada más se nos concedía media hora para el alimento del mediodía. Trabajábamos sin descanso 10 días seguidos y la labor no se suspendía jamás, a menos que la temperatura bajase a 35 grados bajo cero. No había domingos ni días de fiesta, pero después de una jornada de 10 días consecutivos de trabajo, venía el "Sanden", o día del aseo. Había entonces que hacer la limpieza de todos los edificios, las oficinas, las barracas, las literas y las letrinas. Con suma frecuencia el "Sanden" resultaba ser el día de mayor trabajo en vez de un día de descanso.

Tres clases de tareas se desempeñaban continuamente en nuestro campamento. Además de la tarea pesada en los campos, había una fábrica en la que los cautivos hacían toda clase de equipo para el Ejército Rojo. Luego teníamos que trabajar en cuadrillas de construcción erigiendo nuevas factorías. Para cada una de estas labores había una cuota diaria de trabajo, que los comunistas llaman "una norma". Diariamente teníamos que cubrir exactamente esa cuota de producción, y los capataces debían exigirnosla, en la inteligencia de que con frecuencia nos la aumentaban para el día siguiente. Cualquiera grupo o cuadrilla que no diese la medida ordenada, era objeto de un castigo uniforme: se le reducía su ración diaria de pan a 100 gramos. Así se establecía un círculo vicioso cada vez más inevitable. Los prisioneros se esforzaban de continuo por satisfacer la norma de rendimiento a que se les obligaba, para que no les redujesen las sórdidas raciones alimenticias; pero si lograban producir todo lo exigido, entonces se les aumentaba la norma. Esta presión constante por alcanzar una tasa de producción que nunca se lograba, y sin más objeto que evitar



“...Mi amiga y yo fuimos obligadas al acarreo de adobes, recorriendo una distancia de 200 metros unas cincuenta veces al día...”

el hambre, determinaba ineludiblemente un agotamiento físico casi completo y además una reducción creciente de las fuerzas mentales y espirituales de los prisioneros.

Fue en los años a que yo me refiero precisamente cuando Rusia invitó a unos visitantes de países occidentales a que fuesen a maravillarse de "los asombrosos triunfos alcanzados por los soviets". Pero los visitantes extranjeros jamás inquirieron con la debida minuciosidad respecto al modo de obtener aquellos logros. Es bien fácil hacer que los desiertos rindan cosechas opimas, abrir canales y construir fábricas, si se cuenta para ello con un número ilimitado de esclavos que se afanen diez horas o más cada día para alcanzar las metas que se les impongan, con tal de no morir de hambre bajo la crueldad de sus amos. Bien podía Rusia mostrarse pródiga con sus recursos de fuerza humana, ya que era incesante la llegada a los centros de esclavitud de toda clase de prisioneros, y llegaban por millares.

El trabajo que a mí se me encomendó con la cuadrilla de albañiles, fue construir una fábrica. Mi amiga checoslovaca y yo fuimos obligadas al acarreo de adobes hechos de paja y barro con un peso como de 15 kilos cada uno, y unas cincuenta veces al día trasladábamos de seis en seis aquellos adobes, recorriendo una distancia de 200 metros entre el lugar donde estaban hacinados los materiales y la pared que levantábamos. Tal fue la norma que se nos impuso como trabajo diario. Por la noche estaba yo de tal manera fatigada, que casi no podía mover las manos para llevarme el alimento a la boca, y algunas de mis compañeras de prisión, que estaban menos agotadas que yo, me hacían el gran favor de alimentarme.

A causa de la postración y la fatiga, la temperatura tan baja y la alimentación tan insuficiente, la cifra de la mortalidad era en el campamento verdaderamente espantosa. Noche por noche salía por las puertas del campamento

un autocamión que se llevaba los cadáveres de las víctimas de cada día. Una noche, por accidente, cuando regresaba yo de mis labores, hube de pasar por el sitio en que los muertos del día esperaban el autocamión que se llevaba los cadáveres. Conté los cuerpos de los prisioneros que acabaron su vida en ese día. Eran varias docenas. Se apilaban los cuerpos unos sobre otros como leños, desnudos, congelados y rígidos.

Pese a todo, el campamento tenía un hospital para los que enfermaban seriamente. Lo atendían exclusivamente prisioneros, y casi no había equipo ni elementos médicos, ni aun anestésicos para las operaciones que con frecuencia tenían que hacerse a los enfermos. Estaba el hospital verdaderamente congestionado de enfermos y moribundos, hasta el punto de que ni aglomerándolos todavía más quedaba espacio para otros desdichados que desesperadamente pedían que se le atendiese.

Al enfermarse un prisionero tenía en primer lugar que avisarlo al vigilante de su galera. Esta mujer, sin preparación científica ninguna, era quien debía hacer el primer diagnóstico, y lo que investigaba invariablemente antes de todo era si la enferma tenía fiebre alta. Si le parecía que la enferma estaba realmente grave, llamaba al doctor del campamento; pero si tenía algún rencor contra la prisionera, se rehusaba a atenderla y a llamar al médico y no había recurso a que apelar contra su decisión.

Mi mayor deseo era salvarme de padecimientos que me obligasen a ir al hospital, porque con frecuencia escuchábamos los gritos de dolor de los pacientes que eran sometidos a operaciones o a otros tratamientos sin anestesia alguna. Pero esa esperanza mía de escapar a todo padecimiento físico no llegó a realizarse. Como ocurrió a casi todas las demás cautivas, la falta de alimentos suficientes acabó por producirme en las piernas y en los pies llagas

y úlceras terriblemente enconadas. A pesar de esto se me obligó un día a trabajar con un grupo de presas en la limpia de tanques de agua putrefacta, metiendo los pies hasta las rodillas en un verdadero cultivo de microbios. El resultado fue que unos cuantos días después había yo contraído una infección en la pierna derecha de tal manera grave, que hubo de llevarse al hospital. El médico resolvió en un instante cortarme la pierna, y aunque estaba medio enloquecida por la fiebre, grité y lloré pidiendo misericordia cuando se me conducía al cuarto de operaciones. Hubiera preferido morir antes que quedar convertida en una inválida en aquel campamento. Después luché furiosamente con el doctor y las enfermeras hasta obligarlas a dejarme en paz por el momento, dejarme morir, que era todo lo que yo quería. Poco después la infección fue cediendo gradualmente y pude salir del hospital, escapando a la tremenda amenaza de sufrir el tratamiento quirúrgico medioeval a que se me condenaba.

Al recordar y escribir ahora los horrores que viví en el campo de concentración número 889, comprendo que debe de ser muy difícil que el lector crea estas cosas que realmente sucedían, y que admita que hay personas de carne y hueso que viven y sufren todos esos tormentos. Pero yo afirmo que jamás conocí a una variedad tan grande de seres humanos como aquellos que se albergaban en mi barraca de aquella prisión, ni he visto nunca quien fuese sometido a pruebas tan duras como los rigores y tormentos que constituían nuestra vida diaria de cautivos en Siberia. Las mujeres de mi galera eran principalmente rusas, checas y polacas. Toda profesión imaginable estaba allí representada: la abogacía, la medicina, el periodismo, las artes, el gobierno y todas las actividades femeninas del mundo entero: las de ama de casa, las de madre de familia, las de una señora de hogar.

Una de mis amigas era Anna Petrovna, la bella esposa de un ingeniero civil ruso. Había sido empleada en la oficina de la misma fábrica en que su marido desempeñaba un puesto importante propio de su profesión. Cierta día, como resultado de una purga inesperada, su esposo simplemente desapareció del mundo de los vivos y jamás volvió ella a saber de él. Poco más tarde ella también cayó en poder de las autoridades y fué sentenciada a ocho años de trabajos forzados en Siberia. A menudo, cuando charlábamos por la noche ella y yo, me dijo que tenía la esperanza de que se le conmutara la pena, porque sus dos hijos, sus únicos hijos, estaban sirviendo en el Ejército Rojo. Pero en todo el tiempo que pasé yo en aquel campo no vi que recibiera ni una sola carta de sus muchachos, ni fue objeto de consideración alguna por parte de los jefes del penal, a pesar de que los hijos de ella estaban exponiendo sus vidas por la patria.

Me parece que la figura más extraña en todo aquel campo correccional, era una viejecita muy endeble, vestida de harapos, que manejaba una rueca en la fábrica de telas de la sección del campamento reservada a los ancianos y los inválidos. Era la antigua duquesa Ivanovna, y a pesar de verse en un medio de degradación y envilecimiento, irradiaba dignidad y gracia. Le era a una fácil imaginarla como una gran duquesa sin reparar en el medio incongruente en que se hallaba: tal era la alta calidad de su apariencia y de sus maneras tan gentiles.

Vera, otra mujer de las que vivían en mi barraca, era una vieja bolchevique, arquitecta que en los años primeros de la revolución se había ganado muchos premios por sus múltiples proyectos de construcción. Jamás había llegado a saber por qué se le tenía encarcelada, por qué se le había enviado a ese campo de esclavitud. Dormía en la misma serie de literas en que estaba el catre de Ludmilla Arkichenko, que durante algún tiempo fue la admiración del mundo mu-

sical soviético y pasó a ser una esclava más solamente porque se rehusó a prostituir su talento creador ajustándose a los dictados de la ideología del partido. Fue ella quien trató de mantener en alto nuestro espíritu en las noches desoladas, cantándonos trozos de grandes composiciones musicales.

Carácter privilegiado en nuestras barracas era Ljuba, el tipo de mujer más endurecido que yo vi jamás: era una mujer bandolera a la que le faltaba un brazo, cuya mutilación era por sí misma un resumen de su fantástica carrera. Tenía de amante a uno de los guardias y formaba con él una pareja que era el foco del activo mercado negro que florecía en el campamento. Sin embargo de ello, Ljuba, sin abandonar su actitud grosera y cínica, procuraba ayudar a muchas de sus compañeras de presidio que eran más débiles y desdichadas. Viendo sus facciones duras y profundamente acentuadas, me era fácil creer lo que de ella se contaba: que ella misma se había cortado el brazo derecho porque lo apostó a un juego de cartas y lo perdió.

Hubo una época en que aumentó considerablemente el robo de pan, en forma alarmante, y con ese motivo nuestra custodia o "Starostka" se puso a investigar el caso y todo señalaba decididamente a Ljuba como la responsable. En un altercado que se suscitó entre ellas, la bandolera coronó sus insultos con esta declaración hecha a gritos:

—¡Imbécil! ¿Crees tú que yo tuviera que robarme el pan cuando tengo esto?

Extrajo un rollo de billetes de entre sus ropas íntimas, en tanto que la "Starostka" permanecía muda de asombro. La bandolera gritó envalentonada:

—¡Ljuba, a cuyo solo nombre temblaban los habitantes de tres "Gubernie" enteras, no tiene para qué robar el pan en esta piara de cerdos!

Tiempo después aquella mujer fue elevada a la categoría de "Starostka". Con sus métodos sádicos de costumbre,

los funcionarios del campamento la designaron para vigilar a las monjas, a quienes sistemáticamente se trataba como a la casta más despreciable en toda la escala de los esclavos soviéticos.

El problema más grave que tenían ante sí las mujeres decentes de aquella prisión, consistía en conservar en alto su moral. Por todas partes veíamos un envilecimiento cada día mayor. La dignidad, el respeto de sí mismas, la esperanza de un futuro mejor y aún los hábitos de la limpieza personal —todas las aspiraciones normales que se relacionan con la vida en la libertad—, iban rebajándose de modo lento pero seguro entre la gran mayoría de nuestras compañeras de esclavitud. Como nuestro contacto con el mundo exterior era nulo, poco a poco, para muchas de nosotras, aquel campamento empezaba a ser como la única realidad que hubiese existido jamás en nuestra vida.

No se nos permitía escribir cartas. Cada tres meses se nos daban unas tarjetas postales en las que estaba impreso un recado que afirmaba exclusivamente que todavía vivíamos. Habíamos de firmar estos mensajes y dirigirlos al pariente que quisiéramos informar sobre nuestro estado de salud, y luego entregábamos esas tarjetas a las autoridades del campamento para que las mandaran por correo. Generalmente no se recibían respuestas a estos mensajes. Muchas de nosotras no nos atrevíamos ni siquiera a conservar este débil contacto con el mundo situado más allá del alambrado de púas que circundaba el campo. Porque todas sabíamos que los jefes del penal con frecuencia se servían de las direcciones puestas en aquellas tarjetas postales para localizar y aprehender a los parientes de los prisioneros, de modo que preferíamos sufrir la pérdida de todo contacto con los seres amados, para no ponerlos en peligro.

Muy de cuando en cuando alguna de nosotras era favorecida con la entrega de bultos con alimentos que le envia-

ban amigos o familiares en posibilidad de hacer tales obsequios. No estaba yo exenta de la codicia espantosa que se apoderaba de todas cuando alguna de las prisioneras recibía un paquete con cosas de comer. Recuerdo claramente una noche en que una de las mujeres que vivían en mi galera recibió un bulto. Entre otras cosas le mandaron unos cuantos terrones de azúcar, y mientras la observábamos mi amiga y yo, de pronto dejó caer al suelo un trozo del dulce que estaba devorando. No apartábamos la vista de aquel pedacito de azúcar y callábamos con la esperanza de que la muchacha lo dejase tirado. Después de un rato que nos pareció muchas horas, por fin la chica se quedó dormida, y poniéndome yo a gatas entonces, me lancé por el piso a coger aquel terrón. Luego me trepé a la litera en que mi amiga estaba esperándome con mucha hambre, y cubriéndonos con la manta para que nadie nos viera y nos arrebatase el azúcar, la devoramos entre las dos prolongando todo lo posible aquel mísero deleite para lo cual nos alternábamos en darle una rápida lamida.

A pesar de algunos momentos tan duros como ese, unas cuantas de nosotras tratábamos de conservar la frente encima del mar de desesperación en que flotábamos. Cierta vez por ejemplo, otra mujer y yo nos pusimos a cambiarnos lecciones de idiomas por la noche, para concentrar nuestra mente en algo distinto de la espantosa realidad de nuestras vidas. Poco tardó en llegar la noticia de esta actividad a los jefes del campamento y se nos llamó para que respondiéramos del cargo de desarrollar "actividades burguesas". El jefe nos habló con positiva brutalidad y nos amenazó con castigos muy severos si no suspendíamos tamaño desacato. Mi compañera se deshizo en lágrimas, y al ver yo que se estaba humillando ante aquel valentón, le reproché en italiano su actitud y le dije que pusiera un talante firme y resuelto frente a sus amenazas. El comandante, aunque estoy segu-

ra de que no comprendió una palabra de lo que dije, me cogió por el cuello y encarándose conmigo me gritó:

—Eres muy orgullosa, Anna Igniateva, pero no te olvides que aquí te quitaremos la soberbia.

Y luego hizo con las manos ademán como de torcer algo, como si estuviese retorciéndome el cuello.

Tuve muchos encuentros como ese con otros funcionarios, pero yo me había impuesto a mí misma la obligación de portarme ante ellos con toda firmeza, sin mostrar miedo, aunque en el fondo estuviese aterrorizada. Esto dio muy buen efecto, y al aproximárseme esos oficiales nunca pretendieron amedrentarme como lo hicieron con otras mujeres, pero eso sí, se vengaban asignándome un trabajo más y más duro cada día. Se me aumentaba la cuota de producción muy seguido. Temerosa de que se me redujera la ración de alimentos que me daban, me esforzaba yo por cumplir con la norma asignada. Pero finalmente se me fue imponiendo una serie tal de aumentos positivamente brutales en el monto del rendimiento que de mí se exigía, que llegó un momento en que me fue imposible satisfacer esa demanda. Toda la brigada mía estaba acongojadísima, pues los esfuerzos que hacíamos no nos capacitaban para llegar a la meta.

En teoría nos era dado quejarnos de un trato injusto, pero de hecho tal cosa era imposible. El procedimiento a seguir consistía en ir primero a ver al jefe de la galera, y si daba permiso para ello, entonces se presentaba la queja a la MVD. La policía secreta que anteriormente se llamaba NKVD, llevaba ahora la designación de esa sigla o grupo de iniciales. Pocas presas se atrevían a proceder en tal forma, porque la primera queja o solicitud que se presentaba a la vigilanta de la sección obtenía por respuesta invariablemente la palabra "Nieza", que quiere decir: "No puedo permitirlo". Supe de varias mujeres que no creyeron que tal negativa invariable fuese inapelable y pretendieron lle-

var sus quejas más adelante, pero las pobres presas desaparecieron de las barracas después de haber tratado de recurrir a otras autoridades en solicitud de justicia, y jamás volvimos a verlas. Esto ocurría, por supuesto, en el caso de quejas individuales. Cualquier acción tomada por grupos estaba expresamente prohibida y no sólo, sino que se nos advertía que toda protesta colectiva sería severamente castigada.

A pesar de todo, los aumentos espantosos de las normas de producción acabaron por inducir a mi brigada a correr cualquier peligro con tal de exponer su inconformidad. Cuatro de nosotras nos dirigimos al "nachelnik" o comandante del campo para rogarle que nos redujera la norma. Sin darnos siquiera oportunidad de presentar la solicitud, abrió plaza con una serie de maldiciones e insultos, llamándonos "saboteadoras", "cerdas burguesas" y otros epítetos usuales en el lenguaje de los jefes comunistas.

Después se nos corrió de la oficina con la advertencia de que si nos atrevíamos a comparecer de nuevo ante él en grupo, nos castigaría muy severamente por ese acto de desobediencia. No necesitábamos que nos explicaran el significado de esta amenaza: bien sabíamos que el castigo era la ejecución. La pena de muerte se aplicaba por cualquier desobediencia de los reglamentos, si bien tal medida nunca era presenciada por los reclusos. Se ejecutaba fuera de los límites del campo y lo único que nosotras sabíamos era que tales o cuales compañeras de presidio habían desaparecido.

Dentro del campo el castigo más frecuente era la "Karcer", nombre que se da en ruso a la incomunicación absoluta, la cual podía durar uno o varios días. Encerrábase al prisionero en un cuarto de adobe de metro y medio por dos metros, sin más muebles que una banca de madera. Durante el período de este aislamiento en tan estrecho calabozo, se dan al prisionero nada más 200 gramos de pan al

día y algo de agua. La incomunicación se aplica a las presas por infracciones menores de las reglas del penal, como por ejemplo, tener una en su poder papel para escribir, ya que está estrictamente prohibido comunicarse con cualquiera persona que se halle fuera del campo. No era preciso que la encontrasen a una escribiendo una carta, pues bastaba que tuviese en su poder papel para escribir, para que se le considerara culpable. Si no lograba una producir todo lo que se le había señalado y fallaba varias veces consecutivas en este punto, entonces se le condenaba a un largo período de "Karcer".

Las inspecciones nocturnas, las llamadas intempestivas y la búsqueda minuciosa eran en este campo cosa ordinaria, tal como en la prisión de Stanislawow. Realizar esas diligencias en el curso del día hubiera privado a la Unión Soviética de varias horas de nuestro trabajo. Para evitar esto se hacían de noche, lo cual quiere decir que se nos restaban varias horas de sueño y de reposo que mucho necesitábamos. Además, el prisionero a quien se despierta de pronto, se halla en un estado de confusión mental, y está incapacitado para defenderse y para ocultar las cosas que los guardianes anden buscando.

La inspección y el pasar lista por la noche inesperadamente, eran diligencias que realizaba muchas veces personalmente el "Nachelnik". Cuando se gritaba nuestro nombre no nos permitían que nos limitáramos a contestar ¡presente!, sino que debíamos recitar el párrafo de la ley en que se basaba nuestra sentencia. Las esposas de los funcionarios soviéticos que habían sido objeto de una purga, debían contestar de modo especial, en forma que mucho las humillaba. Cuando al pasar lista de las presas sonaba su nombre, tenían la obligación de decir nada más "zhena", que es la palabra rusa que significa esposa, con lo cual se supone que esas mujeres reconocían la parte de culpabili-

dad que les tocaba por la conducta de sus maridos. Nada más deprimente que aquella monótona repetición de la palabra "zhena" en tales diligencias nocturnas, porque las desdichadas señoras, que por lo común no tenían ni la menor idea de la acusación que se hubiese presentado contra sus esposos, formaban una enorme mayoría de las reclusas de mi galera.

En las inspecciones nocturnas se nos obligaba a desnudarnos, y en nuestras personas y en cuanto nos pertenecía buscaban los guardias alimentos robados o artículos cuya posesión estuviese prohibida, tales como agujas, papel para escribir y dinero. Teníamos prohibido poseer más de treinta rublos. Nos esculcaban asimismo todas las noches al regresar del trabajo que desempeñábamos en la fábrica o en el campo, para convencerse de que no llevábamos con nosotros ningún alimento ni objeto que pudiéramos vender o cambiar por cosas de comer.

Por más que casi todas nosotras soñamos alguna noche que nos escapábamos y este sueño se repetía quizá con alguna frecuencia, una cosa que nunca hubiéramos pensado seriamente realizar era la fuga. Sabíamos muy bien que era imposible. En primer lugar, el campo estaba ubicado en el corazón de un territorio desolado, muy lejos de cualquier ciudad grande en la que pudiera una esperar que mezclándose y ocultándose entre el resto de la población, fuese imposible el descubrirla a una. En segundo lugar, el campo está rodeado de una alambrada de púas y tiene torres de vigilancia que se elevan alrededor, con unos cuantos cientos de metros entre una y otra. En esas torres o atalayas custodian hombres armados día y noche, con órdenes de disparar sobre quienquiera que se acerque más de la cuenta al alambrado o que permanezca demasiado tiempo cerca de esa valla. Por otra parte, el campamento dispone de una jauría de perros bravos amaestrados para seguir la pista de

cualquier prisionero que pretenda escaparse y atacarlo con furia.

Encerradas en nuestra galera por la noche, con frecuencia oíamos aullar a esos animales feroces, y sus continuos gruñidos y su ladrar incesante no nos dejaban dormir a menos que estuviésemos tan agotadas por la fatiga, que ni los ruidos más desagradables pudieran conservarnos despiertas. Así que todas nosotras sabíamos muy bien que no había modo de escapar con éxito, y el castigo que se nos impondría si tratáramos de hacerlo sería tan duro, que nadie en el campo pretendió jamás huir del cautiverio mientras yo estuve allí prisionera.

CAPITULO VI

AUNQUE llevaba yo varios meses ya en el campamento, jamás había visto a mi esposo ni tenía noticias de él. Sin embargo, el doctor que nos examinó a los dos en Starobielsk, Ucrania, me había dicho que se nos destinaba a la misma región, y yo sabía que no lejos del lugar en que estaba cautiva había un campamento para hombres. Las mujeres que trabajaban en los campos me habían dicho que habían visto a unos hombres labrando unos predios cercanos a los que ellas cultivaban. Por este motivo le rogué mucho a una de nuestras capataces, y hasta me compré su voluntad con dádivas, para que me destinara a una tarea agrícola.

Trabajando en el campo día tras día, observaba yo a los hombres que estaban no lejos de mí, con la esperanza de vislumbrar alguna vez a Carlos, y una mañana, en efecto, llegamos a reconocernos él y yo desde lejos. Procuramos acercarnos todo lo posible al ir labrando nuestros surcos respectivos, hasta que por fin pudimos ponernos al habla. ¡Qué cambiada estaba su figura, cuán temblorosa, que yo había conocido llena de firmeza, esbeltez y jovial elegancia!

Pidiendo a Dios que nadie nos viera y confiando en ello, hablábamos los dos tanto como podíamos, atreviéndonos a

mucho. Desde nuestro primer encuentro una mañana comprendí que mi marido jamás saldría con vida de aquel campo. Claro está que por mi parte procuré que no advirtiese en mis ojos la honda tristeza que me inspiraba, ni quise que notara en mis palabras el temor que oprimía mi corazón.

Ya tenía yo algo amable que esperar cada día. Después de estar en la prisión por tanto tiempo, pierde una el sentido de las horas que pasan, esa noción que tiene una cuando está en un mundo en que puede hacer planes para desarrollarlos libremente luego. En mi situación de cautiva el tiempo significaba para mí unos cuantos momentos fugacísimos que se presentaban únicamente ciertos días venturosos en los que podía ver a mi esposo y acercarme a él lo suficiente para hablarle. Pero cada vez que lo veía notaba con un horror más grande y con desesperada impotencia que el pobre empeoraba mental y físicamente sin remedio. La imposibilidad en que me encontraba de hacer algo en su favor, me hacía a veces desear que mejor hubiese muerto él allá en la prisión de Stanislawow, cuando le dieron la terrible golpiza que le causó su estado actual. Así se hubiera salvado de esta muerte lenta tan angustiosa. Porque a pesar del hecho de que estaba demasiado débil hasta para caminar sin apoyo, se le obligaba a trabajar como los demás, una semana de diez días de esfuerzo torturante, que aun a los hombres más sanos los agotaba muy pronto.

Un día Carlos no apareció en el campo. Por más que busqué y busqué en la distancia su encorvada figura entre los demás siervos, no llegué a distinguirlo. Haciendo a un lado la prohibición muy estricta que había de que las presas conversáramos con los hombres, un cautivo de los que vivían en la barraca de Carlos advirtió que estaba yo muy desesperada y procuró acercárame lo suficiente para decirme en voz muy baja:

—Carlos está enfermo de pulmonía. Se lo llevaron al hospital anoche.

Nada quedó en pie de todo mi orgullo. Me lo habían doblegado por fin, tal como el comandante del campo me lo había asegurado en son de amenaza. No pude pensar ya más que en ver a Carlos de cualquier manera para auxiliarlo. Quizá me permitirían ir a trabajar al hospital. Había muchas presas que prestaban ahí sus servicios. Me dirigí al jefe del campo, al "Nachelnik".

—¿De modo que usted quiere ir a trabajar al hospital? ¿Acaso espera que nos pongamos a reorganizar todo el programa de trabajo, nada más porque su marido está enfermo? Vuélvase a su tarea. No se le concede lo que pide.

Y tuve que volver a mi trabajo en el campo. Lo único que había hecho para mí tolerable la vida en los últimos meses era que a veces podía ver a mi esposo. Ahora regresaba al trabajo cada mañana con la esperanza de tener noticias de él. Pero los hombres de su barraca no podían decirme nada porque nada sabían ellos. Hasta que por fin una mañana, dos de sus camaradas me trajeron la dolorosa noticia: Carlos había muerto.

Todavía fui a ver una vez más al "nachelnik". De seguro me permitirían ver a mi esposo por la última vez. Ahora que estaba muerto no habría peligro alguno en dejarme verlo. ¿No se me dejaría ir a darle mi último adiós? ¿Me darían permiso de ir a su entierro?

—No está permitido. Eso se prohíbe estrictamente.

Pero el jefe agregó, sonriente, que mi marido recibiría un entierro adecuado. Uno o dos días después, los amigos de Carlos me dijeron cuando trabajaba yo en el campo, que su cuerpo desnudo había sido echado en una tumba sin ninguna señal, junto con los cadáveres de otros tres prisioneros que habían muerto el mismo día.

No me quedaba ya a mí ningún aliciente para seguir adelante. Nada, nada había ya para mí en la vida. Por la noche ya no soñaba con el pasado. Ya no pensaba más en el futuro ni me importaba que me pusiesen en libertad o no. Mi único pensamiento de día y de noche era la tragedia espantosa que había ocurrido a dos personas como Carlos y yo, y el hecho de que en breve espacio de dos años, nosotros y el mundo en que vivíamos antes habíamos quedado destrozados sin ninguna razón, sin motivo alguno que pudiéramos comprender. Y los días se sucedían unos tras otros como en una siniestra pesadilla, sin sentido ni término.

Pero la guerra siguió adelante como mi tragedia. Ya los ejércitos de Hitler habían invadido hasta muy adentro el territorio de Rusia y continuaban ganando terreno. Los soviéticos necesitaban desesperadamente tropas que pudieran sostenerse a toda costa frente al avance arrollador de los nazis. Así que se lanzó un llamamiento a todos los pueblos eslavos convocándolos para que salvaran a la "Madre Patria". Los checos y los polacos que habían sido condenados a trabajos forzados recibían ahora de los rusos el nombre de "hermanos". Se anunció que se les pondría en libertad sacándolos de las cárceles y de los campos de esclavitud, para formar con ellos unidades de combate y lanzarlos unidos a las tropas rojas contra el invasor, para la salvación de Rusia. Aquella frígida mañana de enero de 1942 en que fui puesta en libertad con otras compatriotas mías, sentí que ya no podría aspirar a la felicidad y no me daba cuenta de nada. ¿Qué significaba para mí el salir de la prisión? Agotada por más de dos años de cautiverio y de trabajo forzado, anonadada por la pena de la terrible muerte que sufrió mi esposo, nada me importaba ya lo que me ocurriese. Cuando me preguntaron adónde quería ir, lo único que pude contestar fue:

—A cualquier lugar en que haya calor.

* * *

Durante tres años estuve al servicio del Ejército Checoslovaco de Oriente, hasta que terminó en Europa la Guerra Mundial Número II, y todo ese tiempo tuve la convicción de que a pesar de lo que había pasado cuando estaba en poder de los rusos, mis esfuerzos en la lucha tenían por objeto restaurar la libertad de mi propio país, Checoslovaquia. Pero poco después de terminada la guerra comencé a ver claramente, como lo advirtieron hasta los más optimistas, que el territorio que Rusia había reconquistado exclusivamente por la ayuda de otras naciones, el Soviet estaba resuelto a anexárselo para extender sus dominios. Después de todo, nuestros servicios en el Ejército Oriental sólo habían contribuido a que el Imperio Soviético subyugara a otros pueblos.

Segura de que así había sido, decidí abandonar a Europa. Ahora he encontrado ya un puerto seguro entre los pueblos libres del Hemisferio Occidental, y me enorgullezco de decir que después de tanta angustia, de tanta tragedia, de tantas dolorosas vicisitudes, soy por fin ciudadana mexicana. Querría yo que fuese posible recordar solamente los días buenos y felices del pasado y olvidar las horribles aventuras que ineludiblemente hube de vivir. Pero el pasado no es cosa que pueda borrarse fácilmente, y menos aún cuando cada día hay hechos que me recuerdan por fuerza que la tiranía todavía florece; cuando leo por todas partes los relatos que hacen unos cuantos afortunados que logran escapar del infierno soviético, en tanto que millones y millones de personas permanecen todavía cautivas en los campos de esclavitud que están más allá de los Montes Urales.

Yo que he visto esos campos de esclavos en operación, que he padecido y presenciado el sufrimiento de mis compañeros de cautiverio, puedo y debo confirmar los horrores que describen las personas que han huido de aquel martirio.

Por esta razón domino mi repugnancia y me pongo a escarbar en mi memoria los recuerdos de mi esclavitud en la Unión Soviética. Pecaría yo de ingrata si ahora que he recuperado la libertad, no hiciera pública esta narración para que mis nuevos compatriotas puedan juzgar por sí mismos del carácter del régimen que está gobernando en esta época a incontables millones de ciudadanos contra su voluntad, tanto en mi país nativo como en los otros países situados detrás de la Cortina de Hierro.



Este verídico relato fue publicado originalmente por capítulos, en ediciones sucesivas, del gran diario Mexicano "El Universal", a solicitud de la L. F. M.